

Neue Zürcher Zeitung – 5 de junio de 2023

<https://www.nzz.ch/schweiz/nach-uns-die-giftflut-wie-europa-eine-toedliche-fracht-aus-seveso-jagte-ld.1740398>

«Tras nosotros el diluvio tóxico»: cuando Europa persiguió un cargamento mortal de Seveso

Hace cuarenta años desaparecieron 41 bidones de dioxinas de los que la empresa mundial Roche debía haberse deshecho. **Un maestro detective alemán resolvió el caso, que es también una lección de historia medioambiental.** Una mirada retrospectiva.

Marc Tribelhorn

5 de junio de 2023, 05.30 horas



Prueba de eliminación en el horno de alta temperatura: investigadores en noviembre de 1984 con muestras de los famosos-notorios bidones de dioxinas.

El cargamento, que ha provocado la excitación y el miedo de media Europa, llega al amanecer. Es el 4 de junio de 1983, sábado, cuando los camiones, escoltados por la policía, se detienen ante el gigante químico Hoffmann-La Roche en Basilea. El extraño espectáculo puede seguirse en directo en las

pantallas de todo el mundo. En el papel estelar: 41 barriles de residuos tóxicos de color marrón oscuro, que ahora se almacenan en un sótano de hormigón de alta seguridad para que no vuelvan a desaparecer.

Dicen los burlones: "La suciedad vuelve a la puerta de casa". Y efectivamente, estamos asistiendo al final de una odisea de meses. Pero es sólo el final provisional de un thriller sobre percances y vergüenzas casi increíbles, y sobre responsabilidades y encubrimientos.

Niños con cicatrices

Esta historia comienza en Seveso, una ciudad italiana a medio camino entre Milán y Como. Allí, el 10 de julio de 1976, un proceso de producción en la planta química de Icmesa se descontroló, dando lugar a una nube blanca de veneno que cubrió un área de más de dos kilómetros cuadrados. Dos kilos de dioxina, uno de los venenos más potentes jamás sintetizados, se filtraron presumiblemente, conocido principalmente por la guerra de Vietnam, como componente del defoliante "Agente Naranja", rociado por los estadounidenses.

Cientos de personas tienen que ser hospitalizadas en Seveso. Más de 120 niños enferman de cloracné, una grave enfermedad de la piel; las fotos de sus rostros desfigurados dan la vuelta al mundo. Mueren 4.000 animales pequeños y 80.000 animales de granja tienen que ser sacrificados. Ante el riesgo de malformaciones, el aborto es facultativo para las mujeres embarazadas. Y la agricultura deja de ser una opción.



¿Qué cayó del cielo? Expertos con trajes protectores recogen muestras del suelo tras el accidente químico de Seveso.

Imesa produce para la empresa Givaudan, que a su vez forma parte de Roche. La corporación mundial de Basilea se vio sometida a una enorme presión tras la catástrofe de Seveso: en lugar de comunicar abiertamente tras el accidente, en un principio se ocultó, negó y obstaculizó, se le critica. Su imagen está muy deteriorada. Y Seveso -incluso antes de las catástrofes de Bhopal en 1984 y Chernóbil en 1986- se convirtió en un símbolo de la moderna sociedad del riesgo, que produce peligros que ya no puede controlar. "Seveso está en todas partes", se dice en los círculos de protección del medio ambiente.

Y en los años siguientes, los responsables no sólo tuvieron que lidiar con procesos judiciales y pagos de indemnizaciones, sino también con residuos de dioxina altamente tóxicos que aún había que retirar y eliminar: llenaron 41 bidones de acero.

Arrogancia escandalosa

Los residuos altamente tóxicos son transportados desde Seveso el 10 de septiembre de 1982, cruzan la frontera con Francia cerca de Ventimiglia y son declarados oficialmente "residuos industriales" diez días después en St-Quentin, al norte de París. Después, se pierde todo rastro.

Nadie se interesó hasta febrero de 1983, cuando la organización Greenpeace preguntó insistentemente por el paradero de los barriles. ¿Es posible que nunca llegaran a un vertedero? Y, de no ser así, ¿está ahora la dioxina potencialmente letal almacenada en algún lugar de los alrededores? Roche, una de las empresas más poderosas del mundo, dice que lamentablemente desconoce la ubicación de los bidones. Esto está provocando una nueva indignación. El Ministerio del Interior alemán, por ejemplo, critica el comportamiento de Roche como "increíble y escandaloso", como expresión de pura arrogancia. Y cada día que pasa sin que se encuentren los barriles, aumenta la presión. Pero no sólo contra Roche.



En febrero de 1977, un médico examina a los niños de una escuela de Seveso que han desarrollado una erupción cutánea como consecuencia del accidente químico de la empresa Icmesa.

La extraña forma en que habían desaparecido los residuos tóxicos de Seveso fue haciéndose patente: por mediación de las autoridades italianas, Roche había concluido un contrato con Mannesmann Italiana para su almacenamiento "en un vertedero autorizado y controlado de un país europeo, con excepción de Suiza e Italia". Roche también firmó un acuerdo por el que se prohibía conocer la ruta de transporte y la eliminación final de los bidones. Mientras tanto, Mannesmann contrata a dos subcontratistas que ya se han ganado una dudosa reputación en materia de eliminación de residuos: una empresa unipersonal con sede en Ginebra llamada Wadir y la empresa de transportes con sede en Marsella Spelidec, cuyo jefe Bernard

Paringaud es un dudoso veterano de la Segunda Guerra Mundial. La factura de Roche ascendió a 159.000 francos.

A finales de 1982, la empresa de Basilea recibió efectivamente una declaración certificada por un notario italiano: los bidones de Seveso habían sido almacenados en un "vertedero controlado y autorizado (. . .) bajo una capa de arcilla de al menos cinco metros de espesor, de conformidad con la normativa aplicable en materia de protección del medio ambiente y con la confirmación por escrito de la empresa responsable de la gestión del lugar de almacenamiento". Un tranquilizante como Valium, el exitoso producto de la propia empresa, pero sólo por poco tiempo.

¿En el mar o en la RDA?

Se desata una guerra de prensa sin precedentes entre Roche y Mannesmann: "Mannesmann nos engañó", afirma André Futterknecht, miembro del Comité Ejecutivo de Roche. La otra parte (que tampoco quiere saber nada de la ubicación de los bidones) replica que Roche conocía perfectamente la existencia de terceras empresas. Mientras tanto, el transportista Bernard Paringaud, cuya empresa recogió la carga en Seveso, ya está detenido en Francia, pero sigue guardando un obstinado silencio.

En Suiza, el consejero federal Alphons Egli interviene en el debate y da fe del "honorable" comportamiento de Roche basándose en los documentos presentados. El hecho de que la propia empresa se viera "algo engañada" por el contrato celebrado no habla en contra de su honorable conducta. Considera que el escándalo de las dioxinas es una "señal del destino" para sacar adelante la nueva Ley suiza de protección del medio ambiente, que incluye mejores controles de los residuos peligrosos.

En general, el caso de los barriles tóxicos desaparecidos ha puesto de manifiesto lo incompleta que es la legislación europea sobre residuos. Los residuos químicos, oficialmente conocidos como "terrenos contaminados", y su eliminación se están convirtiendo en un tema candente. En el Parlamento Europeo de Estrasburgo se habla de "lío" y de "maquinaciones mafiosas". Los peligros se suprimen y trivializan: "Tras nosotros el diluvio tóxico", escribía Der Spiegel. Poco después, se endurecieron en toda Europa las normas sobre la manipulación de sustancias tóxicas en la producción química.

Cada vez se especula más. Apenas hay un país europeo que no sea sospechoso de ser el depósito final de los "barriles de la muerte": ¿vertidos en el mar frente a Marsella? ¿Traídos a la RDA, arrojados en el vertedero de Schönberg? ¿"De camino a Inglaterra", como teme el "Sunday Times"?

¿O tal vez eliminados en Suiza, en el vertedero de residuos peligrosos de Kölliken? La caza de los barriles está adquiriendo proporciones absurdas: Ministerios, Interpol, servicios secretos y militares están buscándolos. También investigan detectives privados a sueldo de las empresas criticadas. Roche recibe incluso la oferta de una adivina que quiere localizar los barriles utilizando un péndulo y un mapa de Europa.

Enfrentamiento en el matadero

El gran avance se produce finalmente con el legendario "superagente" alemán Werner Mauss, contratado por Mannesmann. A través de la esposa del encarcelado Bernard Paringaud, natural de Múnich, quiere averiguar la ubicación de los barriles. Y con sus buenos contactos, algunos trucos y mucho dinero, Mauss lo consigue, como revelan más tarde los medios de comunicación.



"Peor asegurado que la revista porno de papá": escondite de los 41 barriles en el pueblo de Anguilcourt-le-Sart.

El 19 de mayo de 1983, un grupo especial llega al pueblo de Anguilcourt-le-Sart, en el norte de Francia, con una población de 300 habitantes. Los barriles se almacenan allí en un matadero abandonado, junto a una escuela y un jardín de infancia, cubierto únicamente con una lona. La prensa mundial se hace eco del sensacional hallazgo. "Peor asegurado que las conservas de la abuela o la revista porno de papá", bromea el diario

berlinés Tageszeitung. El ejército francés se encarga del almacenamiento provisional hasta que los barriles de dioxina son enviados a Basilea a principios de junio de 1983.

Pero esta extraña historia no acaba aquí. De repente, surge la oportunidad de eliminar los residuos peligrosos en las inmediaciones de Roche, en su competidor Ciba-Geigy. Los residuos contaminados de Seveso pueden incinerarse en un horno de alta temperatura que acaba de ponerse en funcionamiento. No sólo en Suiza se preguntan por qué Roche no consideró antes esta opción obvia. Tras varias pruebas, los 41 bidones se eliminan en mayo de 1985 bajo la supervisión de una comisión de expertos.

¿O no? En 1993 vuelven a aparecer graves acusaciones en la televisión alemana: La dioxina se había producido en secreto en Icmesa, en Seveso, como agente bélico para la OTAN. Y los 41 barriles nunca habían sido destruidos, eran sólo duplicados. Los correctos fueron llevados a la RDA. Una vez más, Seveso se convierte en un tema mediático emocionalmente debatido. Sin embargo, no se puede aportar ninguna prueba que respalde la escarpada tesis.



Por fin en Basilea tras el Tour de Francia: André Futterknecht (izquierda), miembro del Comité Ejecutivo de Roche, y Fritz Gerber, Presidente del Consejo de Administración, inspeccionan los 41 barriles que llegaron el 4 de junio de 1983.